



RECENSIONES

Maitane OSTOLAZA, *La terre des Basques : Naissance d'un paysage (1800-1936)*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2018, 334 páginas, por María Ramón Gabriel (Universidad Carlos III de Madrid), mramon@hum.uc3m.es

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2020.5120>

Maitane Ostolaza es Maîtresse de conférences en Sorbonne Université e integrante del Centre de Recherches Interdisciplinaires sur les Mondes Ibériques Contemporains, EA 2561. Es especialista en Historia y Civilización de la España contemporánea, con trabajos destacados sobre el catolicismo, la historia de la educación, las identidades nacionales, el turismo y los estudios de género. Más concretamente, es experta en estudios contemporáneos sobre el País Vasco a propósito del paisaje, el patrimonio, la cultura, la civilización, la oralidad y la literatura popular desde el siglo XIX.

La terre des Basques: Naissance d'un paysage (1800-1936) aborda las relaciones entre el paisaje y las identidades contemporáneas en el País Vasco desde una aproximación cultural que entrelaza la historia y la geografía. Ostolaza estructura su obra en dos partes. En la primera, titulada “discurso, imágenes y representaciones del paisaje” y centrada en las representaciones culturales del paisaje vasco, analiza los factores que han intervenido en el descubrimiento de dicho paisaje y los agentes encargados de elaborar y difundir sus distintos códigos de interpretación: la literatura y la prensa. En la segunda, que versa sobre “prácticas paisajísticas”, trata de dilucidar en qué medida las prácticas paisajísticas, como el turismo, el senderismo y el alpinismo, han contribuido a modelar los discursos sobre el paisaje vasco y a hacer del mismo un agente de procesos sociales y culturales del País Vasco en su tránsito hacia la modernidad.

En el capítulo primero, Ostolaza explica cómo las representaciones culturales contemporáneas del paisaje están conectadas con una serie de procesos paralelos,

particularmente la industrialización y la consolidación de los Estados-nación. Abarca aquí con profusión a los autores y las obras más significativas de las diferentes fases de construcción del imaginario paisajístico vasco entre el siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Dichas obras expresan modelos idealizados de paisaje vasco dentro del romanticismo y el fuerismo decimonónicos, que son asumidos posteriormente por diferentes corrientes políticas e ideológicas desarrolladas en el primer tercio del siglo XX. La renovación del discurso y de los lenguajes paisajísticos coincidió con una sensibilidad creciente por la naturaleza y sus valores culturales e identitarios desarrollada por las élites científicas, artísticas y literarias de finales del siglo XIX.

Ostolaza se interesa especialmente por las obras de temática ruralista dentro del fuerismo. Este género expresó por primera vez el particularismo vasco en términos políticos. Los fueros constituían el símbolo del mundo tradicional vasco frente al avance imparable del liberalismo moderno. En este sentido, el paisaje es visto por los autores fueristas como receptáculo de virtudes y valores tradicionales y como un elemento que naturaliza el discurso identitario.

Ostolaza señala que, en los últimos decenios del siglo XIX, el paisaje vasco como construcción cultural, aunque abierto a nuevas tendencias, ya estaba prácticamente definido. Sus significados identitarios oscilaban entre el regionalismo costumbrista y moralizante y un tipo de literatura de carácter militante que utilizaba el paisaje como soporte de diversos proyectos identitarios nacionales. El paisaje vasco se presentó como un receptáculo de todos los elementos constituyentes de la “esencia” vasca: la lengua, la religión, el amor que sus habitantes profesaban a la naturaleza, el apego a los fueros y la organización social y económica estructurada alrededor del caserío.

La crisis de fin del siglo XIX fue particularmente grave en el País Vasco, ya que fue concomitante con la ruptura de los equilibrios sociales y culturales provocados por la industrialización. En este contexto, algunos autores miraron a la naturaleza en busca del anclaje con una identidad que consideraban en proceso de extinción y el paisaje se consideró el pretexto material de una mediación patriótica. Con los autores de la Generación del 98, el paisajismo literario se transformó en un instrumento político que vehiculaba un sentimiento de identidad nacional unitaria. En el cambio de siglo y durante los primeros decenios del siglo XX, coexistieron dos reflexiones a propósito del

paisaje. De un lado, la literatura regionalista, seguidora del fuerismo, ensalzó los paisajes rurales vascos, comprendidos en tanto expresión de una singularidad y unos valores tradicionales amenazados por la civilización urbano-industrial. No obstante, esta singularidad vasca era compatible con la fidelidad a la nación española bajo la fórmula del “doble patriotismo”. De otro lado, se encontraba el grupo identificado con el modelo propuesto por Sabino Arana, promotor de una conciencia nacional vasca distinta a la española.

En lo que respecta al nacionalismo vasco, Ostolaza explica que no tuvo una verdadera reflexión sobre el paisaje en sus formulaciones iniciales. Sin embargo, a través de la literatura, el nacionalismo vasco integró más fácilmente el discurso paisajístico. En síntesis, el nacionalismo vasco fue más allá de la nostalgia del paraíso perdido expresada por los fueristas, para elaborar un proyecto que resultase hegemónico en la nueva sociedad industrial.

En el segundo capítulo, Ostolaza se centra en la divulgación de los valores, discursos y lenguajes del paisaje vasco a través de la prensa, realizando un profundo análisis que recoge multitud de publicaciones desde el fin del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. Si a comienzos del siglo XX se difundía entre las élites vascas la sensibilidad y la concienciación identitaria por el paisaje, no es menos cierto señalar que la prensa y la literatura popular hicieron un vasto trabajo de divulgación de las representaciones culturales del paisaje entre las clases populares, promoviendo la región en sus diversas acepciones, y también difundiendo nuevas sensibilidades hacia el medio natural y reforzando los sentimientos identitarios.

La prensa moderna en su conjunto constituyó, en palabras de Ostolaza, “una caja de resonancia” para los autores y las obras centradas en el paisaje, en el sentido de que los nuevos lenguajes y relatos paisajísticos desbordaron el círculo literario para alcanzar a un importante número de lectores. Los discursos sobre el paisaje elaborados por diferentes corrientes literarias decimonónicas, -desde el romanticismo, la corriente histórico-legendaria, hasta el ruralismo costumbrista de los autores fueristas-, fueron divulgados, y “banalizados”, gracias al empleo de un lenguaje simple, repetitivo y eficaz para una comunidad estandarizada de lectores.

Dos son los factores señalados por Ostolaza que contribuyeron al interés creciente del paisaje en la prensa: el turismo, como agente creador de paisajes “bellos y pintorescos”, y el auge de los nacionalismos, que encontraron en el paisaje un modo de reforzar los sentimientos identitarios y dotar a las “comunidades imaginadas” de una realidad sensible.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, se produce la mayor exaltación del paisaje vasco. Para las políticas de nacionalización masiva de la época, el paisaje es visto como un medio privilegiado de suscitar sentimientos patrióticos. Esto explica el apoyo institucional que se ofreció a distintas iniciativas que ponían en valor la riqueza patrimonial y paisajística de la nación. Los objetivos de las primeras políticas turísticas pretendían conocer las bellezas de la patria para mejorar la reputación internacional de España, algo que sin duda también fue sintomático de la política turística desarrollada durante el primer franquismo.

La prensa vasca se desarrolló de forma extraordinaria entre los años veinte y treinta. En paralelo, el discurso sobre el paisaje vasco se simplificó adoptando un carácter más didáctico. La prensa se hizo eco de la nueva sensibilidad que había surgido en torno a la naturaleza y al paisaje en ciertos sectores de la sociedad vasca. Los modelos y prácticas ligadas al paisaje, explica Ostolaza, experimentaron un proceso de generalización entre las clases medias y populares vascas, particularmente en los entornos urbanos. La visión más extendida del paisaje vasco en la prensa de los años veinte estaba muy relacionada con ese sentimiento de “doble patriotismo”, llamado “regionalismo sano” por la dictadura primorriverista, que no rompía la unidad nacional, sino que la reforzaba. Desde esta postura, el “particularismo vasco” era aceptado en la prensa vasca de la época. Por su parte, la prensa nacionalista ofrecía una visión del paisaje étnica y ruralista, que conectaba los paisajes con los tipos humanos vascos.

El capítulo tercero estudia dos prácticas ligadas al paisaje, cuya incidencia fue particularmente importante para el País Vasco contemporáneo: el turismo y el senderismo y, dentro de esa última, el alpinismo. Tanto el turismo como el excursionismo, en sus diversas manifestaciones, contribuyeron a sensibilizar a la población vasca en el valor de su paisaje. De este modo, el paisaje se convirtió en un bien colectivo digno de ser contemplado, recorrido y estudiado. Estas dos prácticas

permitieron, asimismo, el acercamiento de las esferas rural y urbana y la comprensión del paisaje como una auténtica “experiencia de la naturaleza”. Como resultado de lo anterior, los espacios naturales se transformaron en paisajes culturales e identitarios.

La relación que propone Ostolaza entre el turismo y la identidad trata de delimitar si el primero ha apuntalado o modificado la representación del paisaje vasco alrededor del “particularismo vasco”. La perspectiva regionalista en la que se inscriben la mayoría de las guías turísticas de la época se acentuó bajo el paraguas de ese llamado “regionalismo sano” característico de la dictadura primorriverista. A partir de este momento, las guías centraron su atención en la lengua y en las costumbres ancestrales vascas y, más extensamente, en todo aquello que era símbolo de la “singularidad vasca”.

Ostolaza señala que las representaciones identitarias que transmitían las diferentes guías turísticas utilizaban como principal vehículo de expresión el paisaje. No en vano, el ideal de paisaje vasco que construyeron las guías, con la ciudad de San Sebastián como epicentro, constituyó la mejor publicidad para el turismo. Las identidades cosmopolita, vasca y española se reforzaron con los discursos y las prácticas ligadas al primer turismo vasco y contribuyeron a hacer de San Sebastián una ciudad moderna que contaba con una importante proyección internacional. Los modelos identitarios cada vez estaban más asociados a paisajes concretos: el espectáculo sublime resultado de la fusión entre el mar y la montaña alrededor de la bahía de la Concha, los verdes valles y las laderas boscosas de las montañas donde encuentran refugio las manifestaciones auténticas del pueblo vasco.

Otros modos de descubrir el paisaje fueron el senderismo y el alpinismo. Ostolaza analiza todo tipo de organizaciones de la época implicadas en el senderismo y el excursionismo en toda España que sería prolijo enumerar aquí. En el País Vasco, el excursionismo tuvo en sus inicios un carácter minoritario y estuvo ligado tanto al turismo, como a los círculos científicos y eruditos locales. Ostolaza se detiene tanto en el senderismo recreativo, como en el científico y cultural. En el primero de ellos, las guías turísticas, entre otros agentes, contribuyeron a definir los contornos de lo bello, lo pintoresco y lo que era de interés patrimonial. De forma paralela al senderismo recreativo, emergió en los últimos años del siglo XIX el senderismo científico y cultural promovido por las élites, cuyo objetivo era descubrir, conocer y divulgar las riquezas

artístico-monumentales y naturales de la región vasca. Entre otras cuestiones, las comisiones provinciales de monumentos jugaron un papel destacado dentro de este tipo de senderismo. Las excursiones científico-culturales se multiplicaron a comienzos del siglo XX, tuvieron como principal propósito recorrer las zonas de montaña y la exploración de cuevas, y se aproximaron a la práctica turística hacia 1910.

En el cuarto capítulo, Ostolaza estudia el alpinismo, entendido como el verdadero agente que maximizó el potencial del paisaje como fuente de experiencias y símbolo de identificación colectiva. El movimiento alpinista evolucionó desde una concepción meramente deportiva hacia objetivos de tipo social, político e identitario. El descubrimiento de la montaña también condujo a una redefinición de las cuestiones de género debido a la integración creciente de las mujeres en esta práctica. Asimismo, jugó un papel importante en la activación de sentimientos patrióticos.

Ostolaza se pregunta qué supuso la entrada de las mujeres en el universo alpinista, dominado por los hombres y, más específicamente, por las cualidades y los valores asociados a la masculinidad (fuerza, coraje, espíritu de aventura y resistencia física). Las mujeres alpinistas no llegaron a ejercer un papel realmente subversivo, pues siempre estuvieron acompañadas de sus padres, hermanos o maridos en las excursiones, y no se produjo una alteración en el equilibrio de géneros, ya que la práctica alpina siempre se adaptó a las limitaciones y obligaciones que la sociedad de la época imponía a la condición de ser mujer. No obstante, sí es destacable que la práctica del alpinismo permitió una apertura de voces emancipatorias y de realización personal, así como una modificación en la percepción del alpinismo como “una escuela de masculinidad”.

Más allá de la dimensión del género, Ostolaza también entiende como cruciales las prácticas ligadas a la montaña en la constitución de la identidad nacional que marca la historia política del País Vasco contemporáneo. La corriente del nacionalismo vasco fundada por Sabino Arana en 1895 constituye la fuerza política que mayores contribuciones realizó a los nuevos valores y significados identitarios del paisaje vasco. Ostolaza estudia los discursos y prácticas desarrollados por los mendigoizales (alpinistas nacionalistas vascos), quienes ponen el paisaje en el centro del proceso de construcción identitaria promovido por el nacionalismo vasco, y contribuyen a

consolidar la identidad nacional dotando a la nación de una naturaleza material y simbólica que despierta una sensibilidad hacia el entorno natural.

Es de destacar no solo la contextualización de la obra en los principales estudios sobre los lenguajes y las visiones del paisaje y la historiografía contemporánea, sino también el sistemático estudio de fuentes realizado por la autora en la imbricación que plantea de prácticas y discursos a propósito del paisaje vasco: literatura, prensa, fotografía, guías de viajes y correspondencia privada, entre otras. Todas estas fuentes se encuentran correctamente situadas en su contexto socio-histórico, lo que permite comprender el surgimiento y la transmisión de las sensibilidades paisajísticas modernas en el País Vasco al compás del desarrollo de la sociedad de masas y del nacionalismo vasco.

Si bien el presente estudio sobre el paisaje vasco pone especial énfasis en la perspectiva histórica, no desdeña la aproximación pluridisciplinar al mismo desde la geografía cultural, la antropología o los estudios literarios, entre otras disciplinas, contribuyendo de este modo a realizar una gran deconstrucción del paisaje como un concepto complejo, polisémico, ambiguo y generador de identidades. Ostolaza aborda sucintamente los estudios sobre el paisaje en España, destacando que han centrado mucho la atención en los autores regeneracionistas y de la Generación del 98. Asimismo, señala que la dimensión espacial de la construcción identitaria apenas ha resultado de interés para los historiadores y los especialistas en ciencias sociales en el País Vasco. En definitiva, Ostolaza plantea un acercamiento desde la problemática ligada a la construcción identitaria y a los procesos de nacionalización hacia la reflexión geográfica del paisaje, poniendo el foco de atención en el papel central que juega el paisaje en la generación de identidades y en la estructuración de sociedades. La principal limitación observada en este trabajo, que la propia autora apunta como una línea de investigación futura, es la dificultad de dar respuesta al modo en que la variable del género integra representaciones particulares del paisaje, tanto por las propias mujeres alpinistas, como por sus acompañantes masculinos.

En conclusión, el sólido trabajo realizado por Maitane Ostolaza y plasmado en este libro con gran claridad expositiva constituye un referente esencial para comprender cómo los procesos de construcción del paisaje evolucionan según coyunturas históricas, intereses políticos y procesos sociales. Ostolaza arguye que la

imagen dominante del paisaje vasco, como bien nos sugiere la portada del libro, se articula a través de la conjunción de tres componentes: verdes colinas, rocosas montañas y blancos caseríos. Este imaginario es resultado de un proceso histórico-cultural desarrollado entre los siglos XIX y XX, en el que han intervenido discursos y prácticas apuntaladas por el romanticismo, los cambios urbano-industriales y la formación de las identidades nacionales. Este imaginario símbolo de la autenticidad vasca pervive en la actualidad complementado con ciertos iconos de la modernidad, como el Guggenheim.